



Prof. Juan Carlos del Campo

1896 - 1978

En agosto de 1978, falleció quien ha sido una figura relevante de la cirugía uruguaya. Trataremos de resumir su biografía y dejar para el futuro una imagen del Maestro.

Se graduó en la Facultad de Medicina de Montevideo, en 1921 (obteniendo la medalla de oro de su generación). Luego pasó casi una década estudiando y trabajando exclusivamente en los hospitales. En 1925 obtuvo por concurso el título de Profesor Agregado de Cirugía. En 1931 fue designado Profesor de la Cátedra de Anatomía Quirúrgica. En 1936 obtuvo la Cátedra de Patología Quirúrgica. En 1944 fue nombrado Profesor Titular de Clínica Quirúrgica, hasta su cese por límite de edad en 1963.

Concomitantemente a su carrera docente, fue cirujano del Ministerio de Salud Pública; en primer término cirujano de urgencia (Bureau) de los hospitales Maciel y Pasteur por más de un cuarto de siglo. Por último, Jefe de Servicio en el Hospital Maciel.

En la Clínica fue discípulo de Alfonso Lamas y de Domingo Prat. En la Urgencia se formó al lado de los primeros cirujanos de puerta del Hospital Maciel: Domingo Prat, Manuel Albo, Garibaldi Devicenzi y José Iraola, iniciadores de la cirugía de urgencia en el Uruguay.

Del Campo integró la segunda generación de brillantes cirujanos de urgencia de Montevideo junto con Fernando Etchegorry, Velarde Pérez Fontana, Pedro Larghero Ibarz, Carlos Rodríguez Estevan y más tarde José Luis Roglia.

Su producción científica puede ser dividida esquemáticamente en tres períodos como a él le gustaba señalar.

En el primero escribió sobre temas de cirugía de urgencia. En una breve intervención que hace en 1933 en la Sociedad de Cirugía de Montevideo sobre "Hidatidosis hepática abierta en vías biliares", define de modo categórico el concepto de esta complicación aceptado unánimemente ahora. Sobre "Hidatidosis



FIG. 2.—Del Campo en 1952 en el Hospital Maciel.

rota en peritoneo" mantuvo una polémica con el Prof. Dévé de Rouen sobre concepto y definición de este proceso patológico; "Colehidatoperitoneo e hidatoperitoneo" para Dévé; "Peritonitis hidática crónica con o sin bilis" para del Campo.

Introdujo en el Uruguay la radiología del abdomen agudo por los años 30. Descifró el diagnóstico radiológico de la oclusión intestinal, publicándolo en un artículo editado por la Universidad de Córdoba (Argentina) en 1940 y luego en su libro.

Estableció el concepto patológico y el tratamiento de las peritonitis agudas en su contribución al Congreso de Chile en 1941.

En 1939 publicó "Abdomen agudo", su único libro, que fue el resultado de 18 años de experiencia en cirugía de urgencia. "Peritonitis aguda, úlcera gastroduodenal perforada, colecistitis aguda, necrosis aguda de pancreas", son los temas de esta obra, agotada desde hace años y que tiene total vigencia hoy, cuatro décadas después de haber sido editada.

El segundo período de su producción científica versa sobre patología biliar y gástrica. Desentrañó la esencia patológica de la colecistitis aguda, considerándola como causada por una obstrucción del cístico y dándole de este modo una unidad a todas las formas anatómicas de las colecistitis, considerándolas como etapas de un mismo proceso. Como consecuencia, preconizó la intervención precoz antes del quinto día de evolución. De su versación en la patología biliar quedan algunos artículos,

varias conferencias dadas en Montevideo y Buenos Aires. Este fue el tema de mayor predilección para sus clases.

A la cirugía gástrica contribuyó con un trabajo sobre "Oclusión del asa aferente en los gastrectomizados por la técnica de Billroth II", presentado en París en 1952 en un Congreso de Cirugía Digestiva.

En el tercer período de su producción científica del Campo dirige su atención a la oncología abdominal. Trata esos temas en los Cursos para Graduados de su Clínica. En los Congresos Uruguayos de Cirugía en 1957 y 1961 presentó los relatos sobre Cáncer gástrico y cáncer de colon, respectivamente, hoy todavía vigentes en casi todos sus aspectos.

En cada tema que trató dejó su sello. Eso hace que cuando alguien aborda de nuevo algo estudiado por del Campo, le es obligatoria la lectura de sus correspondientes trabajos. Por tal motivo J. Mainetti al hablar de cáncer de estómago en un Congreso Argentino de Cirugía, dijo: "En la historia de la evolución de los conceptos mundiales, los trabajos de del Campo constituyen un hito fundamental".

Pero lamentablemente quien conocía de modo tan sólido y quien tenía una información tan vasta, nunca volvió a escribir una segunda vez sobre los temas que había tratado; así dejó transcurrir el tiempo y no los sometió a la necesaria actualización o complementación. Tampoco buscó para sus trabajos, que conceptualmente eran fundamentales, la publicación en revistas de divulgación internacional que le hubieran permitido difundir esos conceptos fuera del estrecho ámbito de las publicaciones rioplatenses. En la mayoría de sus trabajos figura como único autor. Hay además una relación inversa entre un concepto fundamental basado en una acabada experiencia y gran información, con una forma de expresión que exigen del lector hurgar la esencia del contenido. Sus artículos son pocos, en relación a la amplitud de sus conocimientos y hoy esas verdades que se conocían en sus clases y conferencias, llegan a las generaciones jóvenes principalmente a través de sus discípulos.

Como docente, del Campo enseñaba con voz calma, casi monótona, sin ampulósidades. Frente a un enfermo comenzaba por los más sencillos de sus síntomas, que investigaba cuidadosamente. A los pocos minutos, hacía, con el mismo tono de voz, la afirmación conceptual básica, sin enfatizar sobre ella, sin hacer un gesto más. A lo sumo agregaba: "nosotros creemos que aquí está la clave del conocimiento de esta enfermedad".

Siempre afirmaba que en la etapa actual de la medicina el "reconocimiento" de la enfermedad seguía siendo muy importante, si bien se encontraba facilitado por todos los medios diagnósticos de que dispone la medicina moderna. Pero hacía énfasis que hoy lo fundamental es el "conocimiento" de la enfermedad, porque él permite comprender su esencia y guía la terapéutica. Este fue siempre el objetivo de su docencia: el conocimiento de la enfermedad.



FIG. 3.— Con el personal de su Clínica en 1950 en el Hospital Pasteur. Sentados, de izquierda a derecha: Prof. José Piquinela, Instrumentista Srta. Vázquez Amézaga, Prof. del Campo, Prof. Agdo. José P. Otero y Dr. López Gutiérrez. Parados, 1ª fila: Dr. Omar Tapella, Prof. Agdo. Muzzio Marella, Secretaria Eva Wolff, Dra. María A. Dell'Oca, Prof. Agda. Dinorah Castiglioni, Nurse

Shiskowsky, Laboratorista, Archivera Rosa Grielo, Dra. Nelly Temesio, Auxiliar de Enfermería, Dr. R. San Martín, Dr. Suárez, Prof. Juan E. Cendán Alfonso, Prof. Agdo. Alberto Valls y Prof. Alfredo Pernin. 2ª fila, arriba: Dr. Marcelino Pino, Prof. Agdo. Aníbal Sanjinés, Prof. Agdo. Omar Barreneche, Dr. Enrique Comas y Prof. Serafín Pose.

El nivel de sus clases era fundamentalmente para graduados, más que para estudiantes. Esto lo llevó a realizar en su clínica "Cursos para graduados", que duraban tres días con secciones operatorias y aportes sobre un tema principal. Concurrían a ellos los cirujanos más destacados del Interior y de Montevideo y participaban como disertantes las figuras más prominentes de nuestro medio. Felizmente todos esos trabajos se publicaban. Estos "Cursos para Graduados" constituyeron, por su alta calidad científica, uno de los ejemplos que sirvieron para la creación de la Escuela de Graduados de la cual fue el primer Director.

Como cirujano su destreza hacía fácil las más intrincadas de las situaciones en una intervención. Aparentemente no tenía prisa, pero sus intervenciones eran rápidas gracias a movimientos precisos y sin pausas. Nunca creaba en la sala de operaciones un ambiente de tensión; durante sus actos quirúrgicos el clima era de serenidad. En las situaciones más angustiosas que le hemos visto vivir en el qui-

rófano, apenas se le transparentaba en su cara su estado de ánimo, pero no había voces ni gestos altisonantes.

En los enfermos difíciles, particularmente en aquellos en que la gravedad o la urgencia exigían una resolución, era cuando más se podía medir la experiencia y el conocimiento acumulado. En estas circunstancias él supo conjugar muy bien aquella máxima "el saber hacerlo, cuándo hacerlo y cómo hacerlo", teniendo como supremo objetivo siempre, el respeto por la vida del paciente.

Fue un Universitario cabal. Ocupó todo el escalafón docente quirúrgico por concursos de oposición y méritos. Fue dirigente de nuestra Casa de Estudio. Por un largo período Consejero de la Facultad de Medicina de Montevideo, en representación de los docentes. Por un corto período, Decano.

El tiempo que le dedicó a la conducción universitaria fue muy importante durante varios lustros; muchas veces le oímos decir que la publicación de la segunda parte de "Abdomen

agudo" había sido impedida por lo absorbente de su trabajo en el Consejo de la Facultad.

Cada tema universitario lo estudiaba exhaustivamente tal como si fuera un tema clínico o patológico. Sus opiniones sobre los problemas universitarios, en lo docente y en lo administrativo podían no ser compartidos, pero aún sus opositores ocasionales reconocían la sólida fundamentación y honestidad de sus posiciones.

Su cultura era vasta y no se limitaba a la medicina. Lector insaciable, aparte de una información quirúrgica enorme, también estaba al tanto de los problemas médicos generales, lo que le servía para darle una base muy sólida a sus conocimientos quirúrgicos.

Exhaustivo conocedor de la literatura quirúrgica francesa, admirador de la medicina alemana que conocía como muy pocos en nuestro medio, tuvo una concienzuda información de la cirugía inglesa y norteamericana.

Su capacidad inagotable de lectura le permitió estar al tanto de los movimientos y orientaciones culturales, económicas y sociales a través de publicaciones europeas y estadounidenses.

Hombre de pensamiento liberal, dejaba traslucir la influencia del positivismo en su formación filosófica, hecho común en los intelectuales de su época.

Su padre había sido abogado; esto más las lecturas en la biblioteca paterna, imprimieron en del Campo un criterio y un razonamiento de jurisprudencia, que siempre estaban presentes en sus argumentaciones.

Era parco, reticente en el estímulo o en el elogio. Conocía muy bien a sus colaboradores y a las personas con quienes trataba. Serio, razonador, lógico, se cubría en un manto aparentemente frío y sereno, que se descorría ante los impactos emocionales que la vida y la profesión le deparaban; entonces aparecía la faceta humana, pero eso sí, siempre sometida a un rígido control. Hombre generoso, pocos saben que vertía su sueldo de Profesor en instrumental, mejoras y personal extra para su Clínica de la Facultad de Medicina.

Esta personalidad tan definida y aparentemente severa, cambiaba bruscamente hacia la ternura ante la presencia de un niño; el gesto adusto desaparecía, surgía la caricia, brotaba la palabra cariñosa, Amigo fiel, compañero a sus colegas en la desgracia y en la adversidad, posponiendo a veces compromisos y honores para estar a la orden de sus compañeros enfermos.

Pulcro en el vestir, de compleción física menuda, cabello negro, tez pálida, aparentando siempre menos edad que la cronológica, justificaba el apodo que le daban sus compañeros de "El botija".

Tres eran sus entretenimientos preferidos: los ágapes ocasionales con colegas o amigos; su concurrencia asidua, les fines de semana, a los partidos de fútbol en que jugaba su equipo de preferencia y la práctica del remo que hizo desde su juventud hasta muy entrada su tercera edad.

Del Campo perteneció a una pléyade que en las dos décadas del 40 al 60 marcó sin lugar a dudas, el pináculo de la medicina de nuestro país. Podemos mencionar, exponiéndonos a involuntarias omisiones, como las figuras más destacadas de ese período a Víctor Armand Ugón, Pedro Larghero Ibarz y Abel Chifflet, en cirugía. Julio García Otero, Raúl Piaggio Blanco, Pedro Purriel y Fernando Herrera Ramos, en medicina. José L. Bado, en ortopedia. Juan J. Crocctogini, M. Rodríguez López y Hermógenes Alvarez, en ginecología, y Frank Hughes en urología.

Sin temor de hipérbole, se puede afirmar que la figura de Juan Carlos del Campo, que ha ocupado un primer lugar en el período de mayor esplendor de nuestra Medicina, tiene desde ya asignado un puesto de honor en la historia de la Ciencia Médica Uruguaya.

MUZIO S. MARELLA
ALBERTO VALLS